

acercar la obra de arte a la comprensión del público lego... se dedica a juegos de sutilezas ingeniosas y oscuras, a verdaderas logomaquias muchas veces dirigidas —con desprecio del lector común— a privilegiar a especialistas en puridad, a los colegas y miembros de la secta respectiva, en posesión de su particular lenguaje. Ayala dice que cualquiera que se lo proponga puede hacer lo mismo, pero que «la obra no es un pretexto para lucimiento del estudioso», lo que desemboca, en estos tiempos finiseculares, en una especie de bizantinismo de la posmodernidad, y que conste que reconoce las nuevas y penetrantes maneras de acceso a la obra que estas técnicas críticas han descubierto: sólo protesta de las exageraciones en las que han caído.

FRANCISCO Ayala también es un crítico progresivo y abierto hacia el futuro, ha estudiado las aperturas que las nuevas tecnologías abren al ejercicio de la literatura, ha sido un gran crítico de teatro, sobre todo, del teatro clásico —y recuerdo su análisis de Calderón, donde relativiza a Menéndez Pelayo, en ese estudio que empieza con el examen del célebre dístico de Segismundo, «Porque no sepas que sé, que sabes flaqueas más», una lanzadera que construye con nueve palabras cuatro frases, cuatro acciones— o el de las estructuras internas en *El vergonzoso en palacio*: nada le es ajeno, descubre toda suerte de posibilidades, se acerca al cine desde el principio, y a la televisión, ahora con talento, penetración, sin obviar las dificultades, pero también revelando sus posibilidades. También ha sido un gran testigo, que ha escrito sobre sus amigos y admiraciones, sobre Ortega —uno de sus maestros, pero a quien no sigue del todo como crítico— o sobre Azaña y su destino trágico, sobre Pérez de Ayala o Gómez de la Serna, sus grandes preferidos, pero que juzga con lucidez —mas la lucidez y Ayala son palabras equivalentes, que siempre van juntas—, y sobre tantas y tantas figuras que rebotan sus magníficos *Recuerdos y olvidos*, que pese a ser una especie de memorias, no por ello dejan de ser también una gran obra de crítica literaria, cultural, histórica y total. Y frente a su tan debatido pesimismo también ha levantado —recuérdese su carta a Rodríguez Alcalá— la bandera de la esperanza. Y cito textualmente: «En un mundo cuyos valores se han hecho todos cuestionables e inciertos, donde no queda apelación posible a principios reconocidos, el único camino posible de salvación está en escrutar el fondo último de la propia conciencia en nuestra existencia misma. Si eso es rebajar al hombre, lo será en vías del amor, y no en manera alguna por motivos de odio».

ESTAS palabras son de 1964, no se olvide. Y en el terreno de la crítica literaria, la obra de Ayala, lúcida, exacta y sin concesiones ha respirado siempre ese amor por la literatura —una creación verbal que interpreta el mundo, en su opinión— y que, por ello, constituye en sus manos una proclamación equilibrada de la razón, de la libertad y de la dignidad del ser humano ■

Un espejo trizado: La fragmentada unidad de la obra ayaliana

CAROLYN RICHMOND



Francisco Ayala

QUIEN se asome a la copiosa —y dilatada— obra de Francisco Ayala, fruto de más de sesenta años de actividad literaria e intelectual, percibirá dentro de la deslumbrante originalidad, independencia y coherencia de su contenido una amplia e igualmente brillante gama expresiva. Si, por una parte, la visión severa, implacable, de la condición humana que late en el fondo de muchos escritos suyos puede resultar al lector sumamente perturbadora, por otra parte, la enorme variedad de recursos técnicos que maneja el autor para dar forma a sus ideas, intuiciones y sentimientos, es capaz de ocasionar también alguna especie de desconcierto. Detrás de las constantes ideológicas de la obra ayaliana y de la inconfundible elegancia de su prosa —nunca mejor dicho lo de que el estilo es el hombre—, detrás de la integridad y autenticidad de cada texto suyo, está, sin embargo, la personalidad de un escritor particularmente inquietante. Su ojo —avizor, penetrante, irónico, contemplativo, comprensivo o melancólico, según el caso... (tan parecido al del Ayala viviente, figura pública con tan distintos resultados gráficos ha sido captada por fotógrafos y artistas)— nos mira y se mira a sí mismo escrutando el fondo de lo que brevemente me propongo indagar a continuación: su fragmentada unidad.

¿Quién es —para los demás— Francisco Ayala? Recuerdo que, al comienzo de un curso graduado sobre la vanguardia recientemente ofrecido por mí en la City University of New York, unos estudiantes españoles —estudiantes, dicho sea de paso, que terminarían devorando por propia iniciativa volúmenes de narraciones y ensayos de Ayala— conocían el nombre del escritor tan sólo por sus artículos de la prensa diaria. Actuales profesores y críticos de literatura española en Estados Unidos se acuerdan de él como catedrático, conferenciante o colega (dedicarían alguno de ellos —pienso, por ejemplo, en Estelle Irizarry, Maryellen Bieder y Tomás Mermall— importantes estudios a la obra ayaliana). Para algunos compatriotas suyos en la España franquista, Ayala fue en un tiempo el autor de un importante *Tratado de sociología*, mientras que entre el público lector argentino de la

década de los cuarenta su firma estaría asociada asimismo a relatos de ficción, traducciones, ensayos sociopolíticos y a la revista *Realidad*. Y no sería imposible que, privados en su día por la censura de un conocimiento inmediato de gran parte de su obra narrativa, muchísimos españoles contemporáneos relacionen la figura de Ayala únicamente con aquellos —a veces— polémicos artículos que tanto llamaban la atención a mis estudiantes, con el autobiógrafo de *Recuerdos y olvidos*, o hasta —según yo misma he podido comprobar— con la fisonomía de un señor que aparece de cuando en cuando en la pantalla de televisión... Crítico, narrador, comunicador humano, Francisco Ayala ha marcado su huella en sucesivas generaciones. Como el ave fénix a cuyas plumas se refiere el título de una reciente recopilación de su crítica literaria, Ayala ha ido renovándose a lo largo de los años. A veces le digo —mitad en broma, mitad en serio— que debió de nacer maduro ya; no obstante, este sabio octogenario mantiene frente al mundo una actitud extremadamente juvenil. Temida, admirada, respetada, debatida, la personalidad literaria de Francisco Ayala revela, pese a su diafanidad mental, una intrincada complejidad.

LA obra escrita de Ayala ha discurrido, desde tiempos remotos y siempre con igual maestría, por dos vertientes principales: la del pensador, por un lado, y por el otro, la del creador de ficciones, vertientes que se bifurcan a su vez en múltiples direcciones relacionadas a menudo entre sí. Su crítica, caracterizada por una gran coherencia intelectual, se ocupa principalmente de la literatura —incluso la suya—, del cine y otros medios de comunicación, del derecho, la historia, la política y la sociedad actual. Después de su aparición original, en periódicos o en volumen, estos textos no se alteran ni son retocados, aun cuando el autor vuelva a publicarlos —como suele hacer— en recopilaciones posteriores, procedimiento que, dicho sea de paso, al cambiar el orden de los ensayos o juntarlos con otros escritos suyos, hace que se lean dentro de un contexto nuevo.

En cuanto a las obras de creación literaria

«Temida, admirada, respetada, debatida, la personalidad literaria de Francisco Ayala revela, pese a su diafanidad mental, una intrincada complejidad.»

(quede aparte su labor de traducción, donde se combinan sus dotes artísticas y críticas, que está todavía por estudiar), pasa algo semejante aunque —como ya anticipé— mucho más complejo, dada su condición de escritor intelectual así como su propensión al autocomentario e interpretación —papel doble, a veces engañoso, que a más de un comentarista suyo le ha jugado una mala pasada... Novelas largas y cortas, cuentos, relatos de toda extensión, una tónica que va desde la más noble seriedad hasta la comicidad más sarcástica, desde la observación objetiva hasta la más honda e íntima confesión. Debajo de la perfección estilística, ajustada siempre al tema, y de la intensa carga metafórica de su prosa yace —conviene recordarlo— un contenido frecuentemente atrevido y aun —como le haría notar al autor hace tiempo en una ya famosa carta Hugo Rodríguez Alcalá— escandaloso y escatológico... Entre el sucio motivo inspirador de «Una boda sonada» y el anhelo amoroso que palpita en cada frase del poema en prosa «Tu ausencia», entre la risa y la lágrima, puede verse un resumen de todos los sentimientos humanos.

En las obras de ficción suele darse una compleja interrelación que influye en cierto modo sobre la lectura del texto como entidad independiente: al ser colocado por el autor dentro de un conjunto o bien juxtapuesto a otro escrito —o escritos— que de alguna manera le complementan, dicho texto adquiere una significación altamente enriquecida. Tras la aparición de sus dos novelas juveniles y de otras dos colecciones de piezas vanguardistas, Ayala cumplirá plenamente su propensión al enfoque bipartito publicando, en 1949, dos volúmenes de narraciones inspirados, respectivamente, en la historia lejana e inmediata de España —*Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*—; un par de novelas que presentan a un mismo país centroamericano imaginario bajo la dictadura —*Muertes de perro* (1958)— o en democracia —*El fondo del vaso* (1962)—; y, en 1971, *El jardín de las delicias*, volumen sui generis que consta de dos partes principales: «Diablo mundo» (subdividida a su vez en dos) y «Días felices», sección esta a la que ha venido agregando, con cada nueva edición, textos adicionales (en la de 1978, por cierto, introdu-

«¿Quién es Francisco Ayala? Quizá la única y verdadera respuesta a esta pregunta venga a ser, en efecto: la suma de esos escritos tan variados entre sí»

ciría todavía otra dualidad al acompañarlo, en un volumen doble, de otro libro de ensayos complementarios bajo el título de *El tiempo y yo*).

La gestación de su libro de memorias *Recuerdos y olvidos*, aparecido primero en dos tomos sucesivos, uno *Del paraíso al destierro* (1982) y luego *El exilio* (1983), reunidos luego, junto con unos textos más, en la —hasta este momento— versión definitiva (1988), constituye un excelente ejemplo del proceso evolutivo característico de la producción literaria de Ayala, proceso que presta a la totalidad de su obra una inquietante dinámica, efecto de la influencia ejercida sobre la lectura de un escrito concreto por su contexto o «circunstancia literaria». Lo descrito hasta aquí resulta ser, sin embargo, una simplificación, si se tienen en cuenta las alteraciones hechas por el autor al contenido de volúmenes como *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*; la constante metamorfosis, mediante nuevas combinaciones, de colecciones anteriores —el texto de la novela corta *El rapto* (1965), por ejemplo, se reuniría luego con cinco de los seis cuentos originales de *Elas de bastos* (1963) en un tomo, *De raptos, violaciones y otras inconveniencias* (1966), cuyo contenido, junto con el de *Historia de macacos* (1955), se recopilará más tarde en un libro titulado *De raptos, violaciones, macacos y demás inconveniencias* (1982); las diversas antologías, a veces algo heterogéneas, como por ejemplo, *El bechizado y otros cuentos* (1972), *De triunfos y penas* (1982) o *El jardín de las delicias* (1988); y los numerosos prólogos —algunos del propio Ayala, otros de pluma ajena—, comentarios críticos y demás escri-

tos complementarios incorporados por él a diferentes ediciones (la última de *El jardín de las delicias* [1989], para dar un último ejemplo, lleva una nueva introducción del autor, varias piezas adicionales, nuevas ilustraciones y, como apéndices, dos estudios críticos —uno de Monique Joly y otro mío—, dando así una nueva fisonomía a la obra). En fin, una pesadilla bibliográfica.

Hasta aquí se ha hablado del contexto de la narrativa ayaliana únicamente en cuanto a la proximidad referencial de su contenido, reclamando así del lector un alto nivel de atención. Pero hay otros grados de complejidad, pues, junto al continuo diálogo intertextual —a las antes referidas parejas de libros podríamos añadir aquí la curiosa relación entre los dos *jardines*: el de las *delicias* y el de las *malicias*—, se da todavía otro diálogo; el que existe entre títulos y textos correspondientes —Violación en California y «Violación en Nueva York», «Magia I» y «Magia II», «El Ángel de Bemini, mi ángel» y «Más sobre ángeles», etcétera—, así como entre escritos suyos y obras de la tradición literaria o artística en general —por ejemplo, «La campana de Huesca», «The Last Supper», «Un ballo in maschera», «Diálogo entre el amor y un viejo», «Gaudamus», «Fragancia de jazmines», «El Mesías», «Glorioso triunfo del príncipe Arjuna» o «Un regreso a la Venecia de Proust»... En efecto, desde los tempranos relatos vanguardistas —piénsese en la fragmentada estructura cinematográfica de «Polar Estrella», para citar un solo caso—, pasando por el intrincado juego de punto de vista en las novelas del Caribe, hasta llegar al maravilloso «puzzle» interno de *El jardín de las delicias*, el arte narrativo de Ayala ha requerido siempre del lector una enérgica colaboración, pues sólo atando para sí los

cabos, relacionando los muchos y dispersos escritos e identificando sus frecuentes alusiones artístico-culturales llegará a percibir la auténtica unidad del conjunto de obra...

Nos ayuda y estorba a la vez en esta tarea el propio autor, quien, en su capacidad de autocomentarista, ha venido analizando y explicándose a lo largo de cinco décadas, y me refiero aquí, como es obvio, no sólo a sus abundantes prólogos, apócrifos o no, y a «La invención literaria» (1975), interpretación de su propio cuento «Incidente»; sino también al Ayala autor de indagaciones como «Para quién escribimos nosotros» (1948), al recopilador de *Confrontaciones* (1972), al que se deja entrevistar por Rosario Hiriart en *Conversaciones con Francisco Ayala* (1982), al autorretratista de *Recuerdos y olvidos*, en definitiva, a la personalidad literaria que se entrevé en las páginas de su más reciente recopilación de crítica, *El escritor en su siglo* (1990). Fidedigno a veces, y otras sospechoso, este enigmático, comprometido Ayala-escritor resulta ser también, él mismo, una especie de personaje inventado por el Ayala-autor. Y en su elusiva, a la vez que intensa, identidad como escritor encuentra toda la inquietante, fragmentada obra literaria de este último su profunda unidad.

Dos motivos constantes del Ayala maduro son el retrato y el espejo. En aquella meditación estremecedora que sirve de prólogo a la más reciente edición de *Recuerdos y olvidos*, tras insistir en que «la biografía de un escritor consiste en sus escritos», pasa a comentar el retrato suyo que ahora figura en la cubierta: fotografía desoladora sacada poco después de que él hubo superado un grave momento de enfermedad: «Ha sido como mirarme en un espejo retrospectivo —escribe ahí—; un espejo terrible». Otro retrato, sin embargo —el dibujo a lápiz por Ricardo Zamorano— le devuelve una imagen más perturbadora, «entre irónica y dulce; la imagen de alguien que no se deja engañar con ilusiones, aunque tampoco está dispuesto a dejarse derrotar».

¿QUIEN es —vuelvo a preguntar— Francisco Ayala? Quizá la única y verdadera respuesta a esta pregunta venga a ser, en efecto: la suma de esos escritos tan variados entre sí. Cualquier definición fácil se elude, al estar escondido dentro —y detrás— de cada una de sus obras. Ya el libro está compuesto —escribe el Ayala-recopilador de sí mismo al final de *El jardín de las delicias*—. He reunido piezas diversas, de ayer mismo y de hace quién sabe cuántos años; las he combinado como los trozos de un espejo roto, y ahora debo contemplarlas en conjunto. Sí —prosigue, como si se contestase a sí mismo—; cuando me asomo a ellas, pese a su diversidad me echan en cara una imagen única, donde no puedo dejar de reconocerme: es la mía. Mientras siga en vida —y esperamos todos que sea todavía por largo tiempo—, Francisco Ayala seguirá combinando, y volviendo a combinar, los trozos de su espejo trizado, cuya honda y secreta unidad radica en la cambiante, problemática y al mismo tiempo eterna imagen suya, unidad que tendrá que seguir fraguándose, en el futuro, en la imaginación de cada uno de nosotros, sus inquietos —e inquietados— lectores ■



Vista parcial de la exposición bibliográfica y fotográfica sobre Ayala que organizó la Fundación.